

SOBRE LA BEATIFICACIÓN DEL P. JOSÉ CEBULA

15 Abril 1999 - Carta - Roma

El p. José Cebula, mártir de la fe, es el tercer oblatos elevado al honor de los altares. -La Congregación vive otro momento de fiesta! Después del Fundador y del padre de la Iglesia en Lesotho, esta vez celebramos a un hijo de Polonia. Es verdad, el p. José Cebula nos es mucho menos conocido que san Eugenio de Mazenod o el beato José Gérard. Su beatificación viene como de sorpresa para la mayoría de los oblatos - ciertamente se trata de una sorpresa agradable! Vivamos plenamente este momento de fiesta y de gracia, intentemos recoger todas sus riquezas, cada uno personalmente y todos juntos como Congregación.

Es un hecho: - la Iglesia ha reconocido oficialmente el don del martirio en un oblatos! ¿Acaso nos debe sorprender que el tercer oblatos beatificado sea un mártir? En este siglo XX que termina, las persecuciones han sido y son muy frecuentes y los testigos de sangre han sido y siguen siendo particularmente numerosos. Las estadísticas nos dicen que hoy en nada menos que 40 países se persigue a los cristianos; y los cristianos que viven en esos países suman 200 millones (Paul Marshall). Sólo los misioneros mártires llegan a 1.300 en los últimos 70 años. En cuanto a los Oblatos, 63 nombres de posibles mártires han sido presentados para una lista del Vaticano: 22 de España, 15 de Polonia, 7 de Laos... Tal vez el más conocido sea mons. Benjamín de Jesús OMI, asesinado en Joló, Filipinas, el 4 de febrero de 1997. Recordamos los nombres de algunos más, pero muchos de nuestros mártires han quedado en la penumbra de la memoria. ¿Será porque los relatos de martirios son poco agradables? ¿Será porque el martirio tiene generalmente poca publicidad? El p. José Cebula es uno de los muchos testigos que ahora sale muy lentamente de la sombra. Será beatificado el 13 de junio, en Varsovia, Polonia, por el Santo Padre. Lo acompañan 106 compañeros y compañeras, todos víctimas del nazismo.

¿Cuál ha sido la vida del futuro Beato, y qué nos querrá decir el Señor a través de su testimonio? Dejemos que los simples hechos de su vida nos hablen al corazón.

1. Una vida normal

José Cebula nace para la tierra un 23 de marzo de 1902 y para el cielo el 9 de mayo de 1941. Sus 39 cortos años de vida no tienen nada de muy especial, fuera de su martirio. El testimonio de sangre corona una existencia como la que cualquiera de nosotros hubiera podido llevar. Su origen humilde, campesino, lo acerca a nosotros. Su salud no tan buena lo hace hermano de todos los que no gozan de una condición física de hierro. Por condicionamientos externos, tiene dificultad de terminar sus estudios - como mucha gente en nuestro pobre mundo de hoy. Así en circunstancias normales, se desarrolla una personalidad humana discreta, incluso tímida, pero no sin grandes cualidades. Pronto se hará notar por su madurez, su buen juicio, su buen corazón.

Lleva dentro el tesoro escondido de la fe y en medio de las dificultades de su vida el joven José se pregunta a qué lo llama Dios. Después de una peregrinación al santuario mariano de Piekary, atendido por oblatos, se encamina a la vida misionera. Siguen el juniorado y el noviciado en Polonia, la filosofía en Bélgica. Por su calidad humana y su espíritu sobrenatural pronto se le confían responsabilidades. Todavía escolástico debe enseñar en el juniorado de Lubliniec, estudiando al mismo tiempo. Es ordenado sacerdote hacia el fin de esta época. Como se le considera "el mejor oblatos" a disposición, se le nombra superior allí mismo, a los 29 años de edad. Después de seis años, quieren hacerle provincial, pero lo declina por razones de salud. Asume sí la responsabilidad de maestro de novicios y superior del noviciado de Markowice. Después viene el martirio. Lo que sus hermanos ven en José Cebula es ante todo un hombre de fe. Vive de Dios, sin mostrarlo exteriormente. "Su carisma particular era el amor a la oración", dice un oblatos que lo conoció.

2. Misionero oblatos

José Cebula es miembro de nuestra familia religiosa y prácticamente contemporáneo nuestro. Todavía viven compañeros oblatos que han estado con él o que incluso fueron sus novicios,

entre ellos el p. J. Pielorz, quien ha escrito su biografía. ¿Cómo ha desempeñado el p. Cebula su misión oblata en su tiempo, todavía tan cercano al nuestro? Vale la pena echar una mirada a sus dos ministerios principales que él comparte con muchos de nosotros: el de formador y el del servicio pastoral como sacerdote.

Ya en el tiempo de su formación se le ve como futuro educador. Después pasa 11 años como profesor o superior en el juniorado y unos cuatro como maestro de novicios. Su estilo de educador queda caracterizado por sus contemporáneos de la siguiente manera: "amable pero exigente"; "modelo para los formandos, modelo del ideal oblato, hombre de Dios"; "respetaba mucho la personalidad de los jóvenes y no imponía nada a la fuerza"; "se ocupaba mucho de ellos, por ejemplo, de una comida buena"; "con él uno se abría muy fácilmente." Creo que hay ahí para nosotros materia de meditación. ¿Qué no habría hecho un formador de este talante en una vida más larga? Pero su ministerio es cruelmente interrumpido por el racismo de Hitler. Ve partir al campo de concentración a los padres, hermanos y novicios de su casa, hasta que le toca también a él.

La vida sacerdotal del p. José merece otra atención particular. Es su servicio pastoral como sacerdote el que lo ha hecho mártir. En el año de su muerte, a pesar de las continuas prohibiciones, celebra por la noche y en secreto la misa, hace casamientos, bautiza, asiste a los enfermos. Conoce bien el riesgo. Podía ir a otra parte, pero se queda en el lugar porque ya no hay otro sacerdote. Finalmente es denunciado por el "crimen" de administrar los sacramentos a los enfermos. Es detenido y llevado al campo de concentración. Ahí lleva con Cristo la corona de espinas, y se burlan de él por ser sacerdote. Pero no pierde su dignidad hasta dar su sangre. Para él, el ministerio sacerdotal ha tenido más valor que la vida misma.

3. Mártir

Asusta la crueldad de las tres semanas de su martirio y sorprende la calma y entereza con las que el p. José lo soporta todo. Las SS lo golpean con bastones y cuando lo hacen, tiene que decir oraciones, cantar cantos religiosos, y se ríen de él. Pero no pueden hacerle perder la paz. No se lamenta, sólo dice a sus compañeros que están presos con él, que nunca hubiera imaginado que los hombres puedan ser tan malvados. Comparte la poca comida que le dan con los demás. Una vez, trabajando en la cantera, levanta de pronto la voz como un profeta y dice a los esbirros de la Gestapo: "No son ustedes los que mandan. También a ustedes los juzgará Dios." Finalmente le ordenan correr hacia el alambrado y es ametrallado en "intento de fuga". Cuando queman su cuerpo en el crematorio, según algunos testigos, todavía levanta su mano en un gesto de bendición.

En el p. José se comprueba que la fortaleza de los mártires no se explica humanamente. Hay ahí un signo de Dios cuya "fuerza se muestra en la flaqueza" (2 Cor 12,9). La vida del p. José Cebula parecía muy normal, nada fuera de lo común, como la de otros oblatos que, como él, finalmente han derramado su sangre. Pero al final de sus vidas el milagro del martirio nos hace comprender que Dios mismo ha estado obrando en estas personas, y que es él mismo quien las glorifica por el testimonio supremo.

Mártir quiere decir "testigo"; en este sentido todos los cristianos somos mártires, aunque no todos hemos "resistido todavía hasta llegar a la sangre en [nuestra] lucha contra el pecado" (Heb 12,4). Cada uno encontrará en el beato José Cebula alguna inspiración para dejarse renovar en santidad, sea en su vida oblata o en su ministerio específico. Creo que también la Congregación como tal está recibiendo un mensaje de parte de Dios a través de este nuestro tercer santo. Propongo dos puntos para nuestra reflexión:

a) El beato José Cebula nos dice algo sobre el significado de nuestro nombre, "Oblatos". Para san Eugenio, este nombre no era simplemente una etiqueta. En el contexto de la beatificación de nuestro primer mártir oblato, pueden aparecer con nueva luz las palabras que nuestro Fundador escribía al P. Tempier (22-VIII-1817): "Nuestro Señor Jesucristo nos ha encomendado continuar la gran obra de la redención de los hombres. Todos nuestros esfuerzos deben encaminarse hacia este fin únicamente; hasta que no entreguemos toda nuestra vida y toda nuestra sangre para lograrlo, no podemos abrir la boca; sobre todo porque

todavía no hemos dado más que algunas gotas de sudor y algunas fatigas insignificantes. Ese espíritu de abnegación total por la gloria de Dios, el servicio a la Iglesia y la salvación de las almas, es el espíritu propio de nuestra Congregación, pequeña, es verdad, pero que será siempre poderosa en la medida en que sea santa. Es preciso que nuestros novicios se empapen bien de estos sentimientos, que penetren en ellos y los mediten con frecuencia" (*Selección de textos sobre Const. y Reglas*, n.º 7). San Eugenio mismo anhelaba el martirio, "por lo menos el martirio de caridad", como decía. El término "oblato" significa para él "consagrado junto con Cristo" y es casi sinónimo de "víctima inmolada". Los mártires nos muestran concretamente el significado de nuestra oblación, como la entendía san Eugenio, y hasta qué alturas nos puede llevar.

b) El nuevo Beato podría también convertirse en un santo patrono para algunos de nuestros ministerios. Evidentemente lo será para los maestros de novicios, los superiores locales, todos los formadores. También nos inspira para un ministerio que ha sido puesto de relieve nuevamente por el último Capítulo: "ante la explosión de la pobreza, nos comprometemos de un modo nuevo a servir la justicia y la paz y la integridad de la creación" (*Evangelizar a los pobres en el umbral del tercer milenio*, n.º 41). El p. Cebula ha sido hombre de paz en medio de un campo de exterminio. Allí ha compartido el dolor de los demás y la poca comida que tenía; allí ha levantado su voz profética y vencido la maldad de los hombres con los mismos medios que Cristo en su pasión. "-Que el próximo milenio sea un milenio de paz y hermandad!", decía el Santo Padre recientemente en México. Nuestro Beato intercederá por ello y será para los oblatos un santo patrono de la justicia y la paz.

El martirio es incómodo, cuestiona. Nos confronta con la radicalidad de nuestra oblación. Yo - formador, superior, sacerdote, o comprometido en cualquier ministerio - como coronación de mi "carrera", ¿sería capaz de dar mi sangre como lo hiciera el p. José Cebula? En todo caso es bien cierto que la fecundidad de nuestra misión tiene su base en la radicalidad de nuestra oblación. En mi última carta deseaba a los oblatos que "el año del Gran Jubileo haga estallar un nuevo Pentecostés misionero para nuestra congregación". -Que el beato José Cebula y todos los oblatos a los que podemos llamar mártires nos ayuden a eso con su testimonio y su intercesión!